

ANTOLOGÍA DEL *CANCIONERO*

FRANCESCO PETRARCA

EN VIDA DE LAURA

I

Los que escucháis en rimas el desvelo
del suspirar que al corazón nutriera
al primer yerro de la edad primera,
cuando era en parte otro del que hoy suelo;

del vario estilo con que hablo y celo,
entre el dolor y la esperanza huera,
de aquel que, porque amó, de Amor supiera,
no ya perdón, sino piedad anhelo.

Mas ya del vulgo veo cómo en boca
fábula fui gran tiempo en que a menudo
de mí mismo conmigo me sonrojo;

y que es el fruto que mi furia toca,
vergüenza porque entiendo ya y no dudo
que es breve sueño todo humano antojo.

II

Por hacer más galana su venganza
y cobrar mil ofensas en un día,
ocultamente el arco Amor traía
como el que ocasión busca en su asechanza.

Cubría la virtud con gran pujanza
ojos y corazón de la porfía,
cuando a allí donde mellarse otra solía
bajó su flecha con mortal prestanda.

Y así turbada en el primer asalto,
no tuvo tanto ni lugar ni aliento
con que pudiese en la estrechez armarme;

o bien al monte fatigoso y alto
con astucia apartarme del tormento,
del que hoy quisiera y ya no puede hurtarme.

III

Era el día que al sol palidecía
la piedad por su Autor crucificado,
cuando fue entonces, sin prestar cuidado,

de vuestros ojos presa el alma mía.

Tiempo de combatir no suponía
ofensas del amor; y descuidado
andaba sin haberme sospechado
que era principio tal de mi porfía.

Hallóme desarmado Amor del todo
y abierta de los ojos vio la vía
que son del llanto umbral y paso zarco.

Mas fue, a mi parecer, bellaquería
herirme a mí de flecha en aquel modo,
y a vos armada ni aun mostrar el arco.

VI

Tan descarriado está mi desvarío
detrás de la que en fuga se revela,
y de lazos de Amor ligera vuela,
delante del pausado correr mío;

que, cuanto más en adestrar porfío,
menos presta oído y se cautela;
ni me valen con él brida ni espuela,
que es natural de Amor tal terco brío.

Y así después que el freno a sí recoge,
yo quedo a su merced y en fiera culpa,
mal que me pese, a muerte me transporta;

por ir sólo al laurel, donde se coge
acerbo fruto, cuya amarga pulpa
la herida aflige más que la conforta.

XV

Atrás me vuelvo a cada paso nuevo
con cuerpo exhausto que la pena aploma,
y entonces hallo alivio en vuestro aroma,
suspiro «¡Ay, triste!» y el andar renuevo.

En cuanto dejo atrás después me embebo
y en la senda y el vivir que el paso toma,
y quieto, en tanto el cuerpo se desploma,
la vista hacia mis pies llorando muevo.

Y entonces dudo en llanto semejante:
¿cómo puede de su espíritu sagrado
la carne que hay en mí vivir lejana?

Pero responde Amor: «¿Ya has olvidado
que esta es prebenda del que es siempre amante,
libre de toda condición humana?».

XXIII

Al dulce tiempo de la edad primera
que vio nacer, como menuda hierba,
el fiero afán, hoy por mi mal crecido,

pues la pena al cantar no es tan acerba,
cantaré cómo en libertad viviera
hasta que ingrato Amor huésped me ha sido;
y diré luego cuánto es de él sentido
tan altamente; y cuánta al fin la suma
que me hace ser de tantos escarmiento;
aunque mi gran tormento
en otros versos ande, y tanta pluma
haya cansado ya, y en todo prado
retumbe el son de mi suspiro en vuelo,
prueba fehaciente de mi vida cruda.
Y si aquí la memoria no me ayuda,
como así suele, excúsela mi duelo,
y un pensamiento que le angustia en grado
que toda otra atención deja de lado
y me olvida de mí con sutileza,
porque él la entraña es, yo la corteza.

Digo que desde aquel asalto el día
que Amor me vio, ya tanto había pasado
que había yo cambiado el tierno aspecto;
y el derredor del pecho mi cuidado
de adamantina costra recubría
que en vano la ablandaba el duro afecto;
no conocía aún del llanto efecto
ni insomnio, y cuanto fui en resistir bravo
por milagro pensé que a otros rindiera.
¿Qué ahora soy? ¿Qué antes era?
De noche el día se ve, la vida al cabo.
Porque, viendo el cruel del que ahora digo,
hasta entonces la punta de su flecha
non essermi passato oltra la gonna, *(no me había atravesado el faldón)*

se valió de una dama que lo abona,
contra la cual en vano me aprovecha
ingenio o fuerza o excusar castigo.
Y así me hicieron ambos lo que sigo,
mudando un hombre vivo en laurel verde,
que en la fría estación la hoja no pierde.

¡Cómo me vi, cuando sentí primero
trasfigurarse toda mi persona,
mudarse el pelo en hoja yo de donde
había esperado ya formar corona,
mudar los pies con que corrí ligero
(pues todo miembro al alma le responde)
en dos raíces que el caudal esconde,
no del Pineo y sí de mejor río,
y en dos ramas volver también los brazos!
No más me hizo pedazos
que el ver con blanca pluma el cuerpo mío,
cuando abatida ya y muerta yaciera
la esperanza que tan alto volaba;
que, como no sabía dónde o cuándo
la volviera a encontrar solo y llorando,
donde hurtada me fue, día y noche andaba,
buscando por sus aguas y ribera.
Después mi lengua, hasta que muda fuera,
jamás calló caída tal y espanto;
y así color tomé del cisne y canto.

Tanto anduve a lo largo la ribera
que, si algo quería hablar, siempre cantaba,
pidiendo su favor con voz extraña;
mas nunca de tal modo concertaba

las notas de mi cuita lastimera
que abriese el corazón de aquella huraña.
¡Mirad cuál fue que hablarlo aún me daña!
Mas mucho más de lo que dicho queda
de la dulce y acerba mi enemiga
conviene que ahora diga,
aun cuanto exceda a cuanto hablar se pueda.
Esta, que con mirar, el alma apura,
tomó del pecho el corazón en mano,
diciéndome: «No digas de esto nada».
La vi sola después trasfigurada
y sin reconocerla (¡oh juicio humano!)
le dije con temor la verad pura.
Y, vuelta ella a su común figura,
me mudó, ay triste, con ligera seña
en casi viva desbastada peña.

Y así aparentemente tan furiosa
que yo temblaba dentro de la piedra,
dijo: «Quizás no soy quien has pensado»,
y yo entre mí: «Si el alma me despiedra
ninguna vida me será enojosa;
dadme, Señor, el llanto acostumbrado».
Cómo, no sé; pero escapé el cuidado,
a otro no culpando que a mí mismo,
más ya de muerte que de vida aborto.
Mas, porque el tiempo es corto,
no basta pluma a todo el paroxismo
y así, saltando cosas sucedidas,
sólo algunas declara la voz mía
que asombro dan al que prestare oído.
La muerte el corazón tenía asido,

y aun callando librarlo no podía
ni aliviar las virtudes afligidas;
las voces, rotas ya, no eran sentidas,
y así grité en papel como ahora nuestro:
«No mío soy: si muero, el daño es vuestro».

Mucho creí poder ante su gesto
de indigno de favor mudarme en digno,
y esta esperanza me volvió atrevido.
Que hay vez que su desdén vuelve benigno
y otras lo inflama más; mas supe de esto,
luego de estar de oscuridad vestido,
pues era al ruego mío mi sol ido;
y, no hallando hasta allí donde veía
sombra suya, ni huellas de su paso,
como el que duerme al raso
me recosté sobre la hierba un día.
Allí, la luz no viendo fugitiva,
al llanto triste mío solté el freno,
dejándolo caer conforme hecho;
jamás al sol la nieve se ha deshecho,
como yo deshacerse sentí el seno,
y al pie de un haya hacerme fuente viva.
Y andando húmedo así gran tiempo iba.
¿Oyó alguno nacer de un hombre fuente?
Pues cosa en mí fue clara y evidente.

El alma, a la que Dios sólo ennoblece,
pues no puede venir de otro tal gracia,
conforme a su Hacedor calidad tiene;
y así de perdonar nunca se sacia
a aquel que, si en la faz triste parece,

después del yerro a disculparse viene.
Y si ella contra el hábito sostiene
que ha de ser requerida, en Él se espeja,
que así el pecar mejor quien peca siente;
pues no bien se arrepiente
quien ya hecho un mal, el próximo apareja.
Después que mi señora conmovida
dignó mirarme y conoció en mi agravio
que era pena conforme a mi pecado,
benigna me volvió al primer estado.
Mas nada hay de lo que fíe el sabio;
que, volviendo a rogar, mi cuerpo y vida
mudó en un pedernal; y así incluida
voz me quedé entre lo que fuera un hombre,
llamando a Muerte, y ella por su nombre.

Me acuerdo errante espíritu afligido
por cavernas desiertas y extranjerías
llorando mi deseo destemplado;
mas puse fin a aquellas penas fieras
y el ser recuperé que había sido,
quizás por ver después el mal doblado.
Tanto llevé adelante mi cuidado
que, yendo un día a cazar, como solía,
en una fuente a aquella hermosa cruda
la descubrí desnuda,
cuando más reciamente el sol ardía.
Pues solo sacio en ella mi mirada,
paré a mirarla, y ella, vergonzosa,
o por pudor o por vengarse de esto,
me esparció con la mano agua en el gesto.
Y verdad es (aunque creáis dudosa)

que mi imagen sentí de mí arrancada,
y en ciervo toda ella transformada;
tal que de selva en selva solo huía,
y aún huyo, de mis perros la jauría.

Canción, nunca yo fui la nube de oro
que, vuelta ya en preciosa lluvia, iba
matando el fuego al que a Danae conquista;
yo fui la llama, que encendió su vista,
y el ave fui que vuela más arriba,
alzando a aquella que en mi canto honoro;
ni aun transformado a aquel laurel que adoro
supe olvidar, en cuya sombra grata
de otro placer el pecho se desata.

XXX

Muchacha hermosa bajo un verde lauro
más blanca vi y más fría que la nieve
jamás tocada por el sol en años;
y de habla, y dulce gesto, y bello pelo
tante gusté, que siempre ante mis ojos
los tengo y los tendré en ribera o cima.

Antes tendrán mis pensamientos cima
que hoja verde no adorne el verde lauro;
antes que aquiete pecho o seque ojos,
veré que hiela fuego o arde nieve;
no tengo tantas hebras en el pelo
cuantos por ello esperaríais años.

Mas porque vuela el tiempo y huyen años,
tal que la muerte en un punto se encima,
o con oscuro o plateado pelo,
la sombra seguiré del dulce lauro,
por el sol más ardiente y por la nieve
hasta el día en que al fin cierre estos ojos.

No se han visto jamás tan bellos ojos
en nuestra edad o en los primeros años,
que me derritan como el sol la nieve;
por que nace este río que de cima
Amor conduce al pie del duro lauro
de ramas de diamante y áureo pelo.

Antes temo cambiar el gesto y pelo
que piadosos me muestre sus dos ojos
el ídolo esculpido en verde lauro;
pues son siete, si cuento bien, los años
que suspirando voy de cima en cima
día y noche, bajo sol o sobre nieve.

Por dentro fuego, y fuera blanca nieve,
aún con esta cuita, y otro pelo,
siempre llorando iré por llano y cima,
por que me miren con piedad los ojos
de alguien que nazca dentro de mil años,
si vive un tiempo tal regado lauro.

Al auro y gema al sol sobre la nieve
les vence el rubio pelo entre esos ojos
que mis años conducen a su cima.

CXXXVI

Fresca agua, dulce y clara,
donde sus miembros puso
quien sólo yo cubriera de guirnalda,
gentil rama en que hallara
(aún suspiro incluso)
columna en que apoyar su bella espalda;
hierba y flor que la falda
hermosa recubriera
junto al celeste seno;
sagrado aire sereno
donde Amor con sus ojos me ofendiera;
prestad todos oído
a mi acento postrero y dolorido.

Si es sólo mi destino
(y el cielo ello procura),
que Amor mis ojos cierre y no almo acuda,
al cuerpo dad mezquino
vosotros sepultura,
y vuelva el alma a su mansión desnuda.
Será así menos cruda
la muerte, si esto espero
de aquel incierto trance;
que el alma en este lance
no puede puerto hallar más lisonjero,
ni en más tranquila fosa
huir de hueso y carne fatigosa.

Quizás aún tiempo venga
que allá donde solía
mansa regrese al fin la fiera hermosa;
y allá donde me tenga,
en el bendito día,
vuelva la vista alegre y deseosa;
y, viéndome piadosa,
ya tierra entre la roca,
mi tumba amor le inspire
de suerte que suspire
tan dulce que por mí ruegue su boca,
y así conmueva el cielo,
secándose los ojos con el velo.

De las ramas bajaba
(¡qué dulce a la memoria!)
llovía de flor al vientre y a la espalda;
y ella se sentaba
humilde en tanta gloria
cubierta ya de tan bella guirnalda:
ya flor caía en su falda,
o ya en el rubio pelo,
que perla y fino oro
fue aquel día que hoy adoro;
ya flor caía en el agua o en el suelo;
o ya ante tanta reina
decía al girar: «Aquí es Amor quien reina».

De espanto entonces lleno
cuántas veces me he dicho:
«¡Qué cierto que nació en el paraíso!»
Así, de todo ajeno,

me tuvo a su capricho
la risa, porte, acento y dulce viso;
con ya tan poco aviso
de aquello que era fuera,
que hablaba suspirando:
«¿Cómo aquí vine, o cuándo?»,
creyendo el sitio el cielo y no lo que era.
Tal gusto ahora esta hierba
que solo aquí la paz se me conserva.

Canción, si como sientes fueras bella,
podrías osadamente
salir del bosque e ir entre la gente.

CCVIII

Veloz corriente que de alpestre vena
royendo (pues por tal el nombre tomas)
bajas conmigo por las altas lomas
donde a mí Amor, y el ser río a ti te ordena;

avanza más, que el curso no te frena
cansancio o sueño; y, antes que tus romas
aguas al mar le des, verás, si asomas,
más verde hierba y brisa más serena.

Allí el sol nuestro dulce y vivo suele
tu izquierdo lado ornar de verde fausto,
y allí (ay, ¿qué espero?) mi tardar le duele.

Bésale mano o pie en tierno holocausto

y el beso, hecho palabra, esto revele:
«Pronta está el alma, pero el cuerpo exhausto».

CCLIV

Por más que escucho, nada oigo de aquella
la dulce y adorada mi enemiga,
y no sé qué pensar o qué me diga,
pues temo y la esperanza me atropella.

A alguna ya hizo daño el ser tan bella;
y a ella, la más bella y casta amiga,
quizás por tales dones Dios la obliga
a huir la tierra y ser del cielo estrella,

y aun todo un sol; y si es así, mi vida,
lo breve y largo de mi paz y engaños
llegan al fin. ¡Oh triste y cruel partida!

¿Por qué lejos me has puesto de mis daños?
Ya está mi breve farsa concluida
y el tiempo mío en medio de mis años.

EN MUERTE DE LAURA

CCLXV

Áspero corazón y cruel antojo
en dulce, humilde, angélica figura,
si el usado rigor gran tiempo dura,
tendrán al fin de mí pobre despojo;

que, al nacer o morir flor o matojo,
ya sea día claro o noche oscura,
lloro; y del bien de Amor, de mi ventura
y mi sola señora me acongojo.

Mas vivo esperanzado, recordando
que gota a gota el agua en tiempo grande
desbasta jaspe y piedra más gallarda.

Tan duro corazón no hay que llorando,
rogando, amando, a veces no se ablande,
ni apetito tan frío, que no arda.

CCLXX

Amor, si el yugo aquel quieres que abrace,
como mostrar pareces, otra prueba
maravillosa y nueva,
obrar para domarme convendría.
Mi almo tesoro de la tierra leva,
que pobre soy porque escondido yace,
y el corazón tenace,

donde habitar mi vida antes solía;
y, si es verdad que es tu monarquía
grande en el cielo, como alguno abona,
y al infierno (que aquí entre los mortales,
cuanto puedes y vales,
creo que sepa toda alta persona),
rescata de la muerte lo depuesto,
y tus insignas hinca en aquel gesto.

Devuelve al rostro aquel la viva lumbre,
que era mi sola guía, y esa llama
que sí, ay triste, me inflama
siendo como es sin luz, ¿qué haría ardiendo?
Que no se vio buscar ciervo ni gama
fuente o río jamás desde su cumbre
como yo esa costumbre
dulce que hoy, cuando amarga, más atiengo;
si a mí y a mi deseo bien entiendo,
que me hace delirar solo conmigo,
y allá vagar por donde no hay camino,
cansado y ya sin tino,
espero hallar jamás lo que ahora sigo.
No haré ya oído más a tu llamada.
que fuera de tu reino puedes nada.

Hazme que la aura nueva vez yo sienta
de fuera, como dentro aún se siente,
la cual cuando presente
podía templar, cantando, ira y desdenes,
apaciguar la tempestuosa mente,
librar de toda vil niebla y tormenta;
y mi pluma opulenta

alzaba a hoy ya inalcanzables bienes.
Esperanza y afán ruego que ordenes;
y, pues el alma es en razón más fuerte,
devuelve a oído y ojos su sujeto,
sin el que no es completo
su obrar, y mi vivir más bien creo muerte.
En vano en mí tu fuerza se descubre,
si mi primer amor la tierra cubre.

Haz que vea de nuevo la mirada
que obró en mí como el sol obra en el nieve,
haz que en el paso leve
te halle por donde huyó sin vuelta el pecho;
toma la flecha de oro, el arco mueve,
y hágase escuchar la acostumbrada
señal de su llamada,
con que aprendí de qué el amor es hecho;
mueve la lengua en que era en tu prevecho
dispuesto anzuelo y cebo que he probado,
y los ocultos lazos que yo adoro
entre cabellos de oro,
que no por otro cabo fuera atado;
con tu mano el cabello esparce al viento,
que, atado así, podrás darme contento.

Jamás será que el lazo de oro rompa
ya lacio, ya en anillo, o ya rizado,
o verme desatado
de aquella vista dulcemente acerba,
que más que lauro o mirto en cualquier prado
tiene verde mi afán sin que corrompa,
aun cuando verde pompa

la rama pierde, y la campiña hierba.
Mas, porque Muerte ha sido tan proterva
que ha roto el nudo que temí soltarme
y no he de hallarlo acá donde es el mundo,
¿de quién urdes segundo
con que pruebas Amor a sujetarme?
Pasada la sazón, rotas tus redes
por que temía yo, ¿qué hacerme puedes?

Fueron armas la vista que encendida
flechas lanzaba de invisible fuego,
que no atendían ruego,
pues contra el cielo no hay defensa humana;
el pensar, el callar, la risa, el juego,
el porte honesto, el habla comedida,
y voz que, si entendida,
ennoblecía el alma más villana;
la angélica apostura, humilde y llana,
que oía aquí y allí tanto alabarse;
sentada estar o en pie, que había entrambas
duda de a cuál de ambas
debiese el mayor premio reservarse.
Estas rindieron todo pecho duro;
hoy desarmado tú, yo estoy seguro.

Las almas que a tu reino el cielo inclina
de muy diverso modo has sujetado;
yo sólo a un nudo atado
fui, porque a más no quiso atarme el cielo.
Y hoy roto ya, no gozo el libre estado,
antes lo lloro: «Ay, noble peregrina,
¿qué sentencia divina

me ató a ti, para alzarte luego al vuelo?
Dios, que tan presto te llevó del suelo
mostró virtud tan alta y desmedida
solo para inflamar nuestro deseo».
No temo ya ni creo,
que, Amor, tu mano me haga nueva herida;
tu arco es vano, Amor, tus nudos flojos;
tu fuerza se perdió al cerrar sus ojos.

De tus leyes, Amor, Muerte me exime:
esa que fue mi dueño al cielo es ida,
dejando triste y libre aquí mi vida.

CCCLXII

Vuelan mis pensamientos tanto al cielo,
que aun me parece que en tal alto foro
alguno de ellos tenga su tesoro,
ya despojado del rompido velo.

Temblando el corazón de un dulce hielo
oigo que dice (y pálido me azoro):
«Amigo, yo te honro ahora y te adoro,
pues supiste mudar uso con pelo».

Me lleva a su Señor y ante Él me inclino,
rogando humildemente que consienta
que quede viendo yo uno y otro gesto.

Responde: «Ya está escrito tu destino;

mas, porque veinte años tarde o treinta,
no te parezca mucho, que es bien presto».

CCCLXIII

Muerte ha apagado el Sol que me cegaba,
y en tinieblas mi vista ha hecho sumirse;
roble y olmo el laurel veo convertirse;
tierra es la que frío y calor daba:

y, viendo así mi bien, el mal no acaba.
No es ya quien hace en el temor hundirse
mi cuidado, o helarse o consumirse,
ni quien de fe lo llena o daño agrava.

Fuera del alcance del que inferna,
que me hizo largo daño, hoy amanezco
y me hallo en libertad amarga y tierna;

y ante el Señor al que amo y agradezco,
que el Cielo con el ceño ata y gobierna,
cansado y satisfecho comparezco.

CCCLXV

Llorando voy los tiempos ya pasados
que malgasté en amar cosas del suelo,
en vez de haberme levantado en vuelo
sin dar de mí ejemplos tan menguados.

Tú, que mis males viste porfiados,

invisible e inmortal Señor del cielo,
Tu ayuda presta al alma y Tu consuelo,
y sana con Tu Gracia mis pecados;

tal que, si viví en tormenta y guerra,
muera en bonanza y paz; si mal la andanza,
bueno sea al menos el dejar la tierra.

Lo poco que de vida ya me alcanza
y el morir con Tu presta mano aferra;
Tú sabes que en Ti sólo hallo esperanza.